

En el centenario de Santiván

Hugo Rolando Cortés

Suele suceder, más a menudo de lo que quisiéramos, que a falta de buenos libros y buenos autores chilenos actuales, volvemos la vista al pasado, lo que a fin de cuentas no es nada inútil o sin provecho, para reencontrarse con lecturas que están allí, al parecer abandonadas y olvidadas, y que, de pronto, cobran vida y provocan casi las mismas sensaciones de agrado, mutatis mutandi, de ayer. Además, otro elemento valioso, sirven para comparar, simplificar y amplificar, en definitiva colocar en la balanza los valores que a una obra se le atribuyeron alguna vez.

No todos los escritores y sus libros resisten el paso del tiempo. Otras circunstancias, modas y gustos, técnicas y costumbres, condicionan su apreciación, les imponen otras medidas y distintos puntos de vista. El lector joven, además, imperio de los medios de comunicación masivos, también de los programas de educación, ha reducido ostensiblemente su capacidad de lectura, y, por lo tanto, limitando sus facultades de selección.

La queja de ayer se repite hoy.

Aunque sin lograr el unánime reconocimiento a su labor de cuentista y novelista, Fernando Santiván representa un poco al escritor casi



ignorado por las nuevas generaciones. Pertenece sin duda a la trilogía de autores que con Maluenda y Mariano Latorre impusieron un estilo, continuadores de Federico Gana en el sello de la narración campesina y, hecho no del todo insignificante, alentaron un nuevo orden social para el escritor. Sobre todos ellos, en este aspecto, Santiván, creador de cofradías literarias y de ese mito de la literatura chilena que constituyó la Colonia Tolstoyana, a principios de siglo, en la aventura de formar un grupo de intelectuales dados a la tarea de dignificar la creación artística. Al fin de cuentas, Santiván, por razones familiares, siguió al maestro de entonces, ese ciclope cobi-

jador de admiradores y discípulos, que fue Augusto D'Halmar.

Nacido Fernando Santiván (su verdadero nombre era Fernando Santibáñez Puga) en Arauco en 1886, sus primeras obras recogen con vehemencia la discolorada personalidad de quien, más tarde, recordaría las razones de su ímpetu juvenil.

Sobrellevó casi hasta el final una especie de rebeldía sentenciosa y en sus obras como "El Crisol", especie de Martín Rivas moderno, podríamos encontrar la clave de las razones de su sin razón. Es "La Hechizada" empero, la obra que le permite alzarse entre los escritores de su tiempo, novelista breve, graciosa y dramática, cuyo mérito está en su sencillez, en su falta de trascendencia, poco común entonces y que le otorga a esta narración el encanto que se esconde discretamente en otras.

Como a otros escritores, el periodismo atrapó a Santiván en la provincia. Lejos de, como suele creerse, debilitar su prosa y estancar su producción literaria, lo mantuvo ágil y despierto. Además necesitaba vivir. Sus obras circulaban escasamente y la actividad literaria, más ayer que hoy, no proporcionaba bienestar material.